



Dobles
Segreda

El Rosario
de Marfil

CR
863. 6
D 633 e
C. E.

B. N.



LA NOVELA CORTA

Director: G. CASTAÑEDA ARAGÓN — Apdo. 708

VOL. I || SAN JOSÉ, COSTA RICA + AGOSTO 31 DE 1928 || No. 2

El Rosario de Marfil

por

Luis Dobles Segreda ¹⁸⁹⁰⁻¹⁹⁵⁶

PROLOGO

Para entretener la velada contábamos cosas de amores y cada uno refería episodios galantes en que había tomado la mejor parte.

Un mozo de buena presencia, pero un tanto presuntuoso, que me había sido presentado aquella misma noche, comenzó a relatar una historia.

Iba a alejar mi fastidio del grupo, cuando advertí que contaba los sucesos de un modo dialogado, y tan a lo vivo, que ganaba la atención de los contertulios.

Así fue como pude escuchar esta historia que es casi una novela.



I

EL

—Sí, Patrón; cuando usted tenga gusto.

—Después de medio día.

—Tal vez llueva, Patrón, el sol está muy de agua.

—Bueno, si llueve no vamos.

—Eso es.

—Pero no faltas, Lico?

—Ah! no, yo soy de un solo envite. El hombre vale por la palabra y el güey por el cacho. Pero...

—Ya vas con un pero, ¿qué es eso?

—Pus miedo, Patrón.

—Miedo tú?

—Sí, es que pa' eso no estoy experimentao y arriesgo andar flojo.

—No seas tonto.

—Bueno, ya está. Pulsos no han de faltar y, si faltan, usted me presta los suyos, verdá, Patrón?

Había cierto tono zumbón en la última chuscada del gañán.

Bien sabía Lico que con estas manos frágiles y urbanas soy incapaz de resistencia. Mucho se había reído al verme otras veces rendido por la fatiga.

—Idiay, Patrón, ya almorzó? Y soltaba la risa sabrosamente.

Los temores de Lico eran cosa de coquetería. Aquel gañán no había conocido nunca el miedo, ✓

ni habría cedido al cansancio su brazo de hierro.

Alto, un poco enjuto, curtido de sol, ceñudo, su cuerpo moreno era indomable y su alma de acero indomable también.

*
* *

Más de una vez lo vi hacer temeridades.

Recuerdo una. ¡Qué la voy a olvidar!

Iba con mis hermanas, recogiendo pacayas por la margen del río, cuando nos cortó el paso una enorme zopilota que se desperezaba al sol.

Daba espanto aquel animal.

Negras escamas brillantes y ojos vidriosos y rojos, como ascuas sangrientas.

Levantó la cabeza, nos miró con esa mirada traidora de las serpientes y buscó camino hacia el charral.

Tal vez huía la infeliz, pero todos huíamos también y quedó dueña del campo, moviéndose con pausado y elástico ondular.

Yo era el único hombre de la patrulla y tenía que hombrearme. Me armé de una varilla y volví a aporrearla.

—Que no vayas, tonto!

—Hay que matarla, hacen mucho daño.

El miedo se me anudaba en los pies y los golpes, que yo repetía torpemente contra el suelo, llenaban de rabia al animal. Saltaba y se retorció como poseída del demonio.

Acabó por perseguirme y ya la vardasca me servía apenas para defenderme, mientras aseguraba la huída.

A los gritos de las muchachas vinieron los

peones del cañal armados de machetes. Lico venía adelante.

—Qué pasa, Patroncito?

—Mirá que zopilota.

—Hombré, deveras... y es tamaña.

—No la dejen irse, muchachos.

—No. Ya no se va. Pa algo estoy yo aquí.

Hágase a un lao, Patrón.

Los peones dejaban solo a Lico.

—Listos todos, les dije, ayúdenle.

—No hay necesidá, él las duerme.

--Las duerme?

—Sí, horita verá:

*
* *

Lico se había acercado al animal que, cansado de agitarse, parecía entrar en reposo.

No era eso. Esperaba astutamente el momento oportuno para dar el golpe.

Lico la miraba con los ojos inmóviles y magnéticos. La serpiente correspondía a la mirada con sus ojos de sangre, fijos y trágicos.

Fueron minutos de expectación, se oía el respiro de todos.

Dos fieras se miraban frente a frente: el hombre y el reptil. Medían sus fuerzas antes del combate y se tenían mutuos recelos.

—Ya la durmió, dijo uno a mi oído.

La culebra se levantó entonces rápida y violenta, con la mitad del cuerpo oscilando en el aire y se lanzó contra el muchacho.

No vi más; cuando nos dimos cuenta, Lico se volvía a nosotros con la serpiente arrollada en en el brazo.

Era un Laoconte magnífico y sereno como un semidiós.

Tenía apretada entre los dedos la garganta del ofidio y se reía.

—Bárbaro!, le dije. Te va a quebrar el brazo.

—No hay cuidao, Patrón, está prensada entre estas tenazas. Quiere velo?

La estrujó más y más entre los nervudos hierros de su mano. La serpiente, en su impotencia, apretaba aquel brazo hercúleo y los ojos, hinchados de rabia, se le salían de las órbitas.

—Me pedís cacao, cochina?

Unos minutos más y arrojó al suelo el despojo que se revolcó en las últimas contorciones de la agonía.

Estaba ahogada.

—Tiene polvo de cuyeo, dijo Pascual.

—No, arguyó Lico, es que no hacen nada....

La custión es agarralas bien y apretales el gañote.

Hay que atisbar el momento en que se botan y logralo.

*
* *

Aquellos campesinos hablaban con entusiasmo del mozo: Era un héroe en la paz de los campos.

Alto, un poco enjuto, curtido de sol, ceñudo, su cuerpo moreno era indomable y su alma de acero indomable también.

—Y tú qué dices de Lico, Adán?

—Yo no digo nada porque a mí no me baja.

—Por qué?

—Está caliente con yo.

—Le harías alguna mala partida.

—No, Patrón, es que es muy delicaio. A Lico

puede usted dale cuantas bromas se le antojen, decile lo que le dé la gana que él se lo aguanta.

Eso sí, no le mienten a Rufina, si no quieren velo caliente.

—A Rufina?

—Sí, ni pa bien ni pa mal, nos dijo el otro día. No quiero que junten su nombre al mío.

—Por qué?

—Es que la gente habla mucho, Patrón, y como él la quiere y ella no, los tren diario en enredos.

Es una tonta, está enguatuzada con Froilán el de ña Casiana.

—Y Lico no molesta a Froilán?

—Son muy amigos; entriambos se respetan.

—Pero Lico se ve con Rufina?

—Ah sí! Habla mucho con ella. Allí, debajo de aquel naranjo, se sientan por las tardes a platicar. Ella dice que lo está enseñando a ler y un poco de dotrina.

—Y Froilán no se encela?

—No. Lico le dijo un día: A vos es al que te quiere, Froilán, dejame tratala y no tengás cuidao que, ni te la puedo quitar, ni te la quito.

Y, como todos sabemos que lo que dice lo cumple...

—Pero en cosas del corazón no puede uno prometer nada.

—El siempre puede. Dijo que no se la quitaba y no se la quita. El es asina. Si hubiera dicho lo contrario uno de los dos estaría enterraao.

II

ELLA

Yo la había visto pasar frente a la finca.

Era una morenita gentil. Lo más gentil que puede imaginarse, porque tenía esa gentileza natural, espontánea, que no se estudia, que no se ensaya, que revienta por todos los poros del cuerpo como en un florecer, con la modesta y bella inconciencia de todo florecer.

Un par de ojazos negros, vivos, chispeantes, de esos que siempre hacen recordar otros ojos ausentes. De los que canta la copla popular:

«Allá por la cuesta abajo
viene bajando
un par de ojotes negros
que es contrabando».

Diecisiete o dieciocho años, la edad del ensueño y del deseo.

En su presencia sentí siempre la evocación de la Sulamita que cantara el Rey Justo en «El Cantar de los Cantares».

Mirándola pasar repetía yo mentalmente el verso del poeta:

«Qué hermosa eres amiga mía, qué hermosa eres! Tus ojos de paloma, bajo los pliegues de tu velo. Tus cabellos como rebaños de cabras subiendo por los montes de Galaad. Tus dientes, como rebaños de ovejas trasquiladas saliendo del lavadero».



Traía muchas veces moras a la casa y entraba en diálogos con mis hermanas.

La tentación de la ajena fruta me hizo alguna vez entrar en relaciones más íntimas. Una mañana cogí un puñado de amapolas y se las puse sobre la blusa.

Se turbó tanto, se puso de tal manera asustada que no volvió con moras.

—Eres un tonto, dijo una de mis hermanas.

—Pero es tontería regalar unas flores?

—Eso no, pero la manera de hacerlo sí.

Realmente había sido algo romántico,

Las había recogido para mamá, y venía a buscarla, cuando encontré a Rufina con mis hermanas.

Tenía entonces tal dulzura en la voz, tal belleza en el gesto, me había respondido al saludo con tal encanto, que le dije sin más prólogo:

—Rufina, acabo de cortar estas flores para usted, las quiere?

Y, sin esperar respuesta, como si se tratara de una novia, me acerqué y se las prendí en el pecho que tembló de susto bajo la caricia de mi mano galante.

Luego le puse ambas manos sobre los hombros, la miré a los ojos y le dije a quema ropa y con un tono de voz que ya gemía:

—Qué guapa está usted, chiquilla!

—Todo eso está muy bien allá, entre tu gente, dijo mi hermana después, en tono sentencioso. Aquí eso no puede ser, no debe ser. La has asustado.

La seguí viendo a menudo. Pasaba de lejitos y apretando el paso, como temerosa de ser perseguida.

Yo le gritaba desde el corredorcillo de la casa campestre donde mataba ocios.

—Y las flores, Rufina?

—Ya están marchitas, Patrón.

Tres o cuatro veces el mismo diálogo.

Un día.

—Pero por qué no les cambió el agua del jarrón?

—Porque está seca la virtiente.

Me había partido la granuja.

—Ya ves, si no son tan tontas como tú te crees. No hay agua para tus flores.

Sólo para las de Froilán, verdad, Rufina?

—No diga tonteras, señorita.

Y salió a escape como una ternerrilla.

*
* *

Yo no supe, antes de ahora, detalles de su vida en relación con la de Lico y con Froilán.

Un día pasó con la tinaja al cuadril para el yurro. Iba cantando, como un pájaro, a buscar una pizquita de agua clara y sonora.

Me fuí tras ella.

Hablamos.

Con un foete golpeaba yo el agua para hacerla temblar y ella, con el látigo de sus ojos, me hacía temblar el alma. Tenía un lindo y temeroso rubor que la hacía más tentadora.

—Me tienes miedo, Rufina?

—No, yo no le tengo miedo a los hombres.

—Pero a mí sí.

—A usted menos, Patrón, es respeto lo que hay.

La conversación fue variando y yo apunté a donde quería.

—Pero tú estás engañando a uno de los dos.

—A ninguno, Patrón.

—Los dos te tienen por novia,

—Que va! Lico lo sabe todo mejor que nadie.

—Qué sabe?

—Lo que hay.

—Pero qué hay?

—Pus cariño de novio pal otro y cariño sin interés pa él.

—Ah! y el otro es interesado?

—Claro, porque él quiere casarse y yo también.

—Qué lindo interés! Pero y Lico?

—Lico conmigo es como un hermano. Así lo quiero y así me quiere. Ni él se está imaginando otra cosa, ni yo tampoco.

—Pero todas las tardes va a verte?

—A verme no, es que lo estoy enseñando a leer y le explico un poquillo de doctrina.

—Tú saber leer?

—Algo entiendo, estuve hasta el cuarto grado con la niña Lucila.

—Y es bueno el discípulo?

—Mucho. Si viera, le aseguro que si tuviera un maestro de verdá, en dos brinquitos pasa cualquier libro.

—Y es agradecido?

—Bastante, ahora quiere comprarme un rosario que vi en San José. Es un rosario grandísimo, como el de un capuchino, todo de marfil labrao, con un gran Cristo de plata.

Tontera habele dicho que me gustaba... es tan caro...

—Pero la maestra no puede ser mejor, hasta yo desearía ser tu discípulo.

—No juegue, Patrón, qué voy a enseñale yo?

—Cuando tengas el rosario de marfil vendré a que me enseñes a rezar.

Yo diré entonces:

Dios te salve, Rufina,
llena eres de gracia.

—No diga así que eso es pecao.

—Pronunciar tu nombre antes que ser pecado es ganar indulgencias.

Lo malo es que no aprenderé nada.

—Por qué?

—Porque me viviría viéndote los ojos.

—No moleste, ya le dije que no hay agua en la virtiente.

Y, alzando con gracia soberana la tinaja, se la montó al cuadril y se fué cuesta arriba, apretando el pasito menudo, como temerosa de mis persecuciones.

—Me voy contigo, Rufina?

—No, Patrón, me haría usted un daño.

—Te daña mi presencia?

—Es que hablan las gentes. Nosotras las del campo somos muy torcidas.

—Tienes mucha razón, cabecita reflexiva y franca...

Y era mejor así, porque el labio ya estaba regodeando el mordisco sobre la pulpa de aquella manzana montañez. Sería la buena esposa de un campesino honrado, por qué había de ser una perdida más?

Carne flaca! No tienes derecho de arrebatarse la ajena felicidad y estropearla por satisfacer tus apetitos mundanos.

—Adiós, Rufina... que Dios te lleve con bien!

—Adiós, Patrón, Dios se lo pague!

III

EL OTRO

—Qué hay Froilán; dónde te habías metido?

—Pus no sabe el Patrón que estoy en la villa dende hace cuatro meses?

—Me lo habían dicho y no lo quise creer.

—Por qué?

—Has hecho una tontería. El campo es más hermoso, hay más paz en él, hay más libertad. La vida es más llena de alegría y de salud. Allá en la ciudad todo es estrecho: la calle, y el horizonte. Es poca el agua y no tiene la limpieza ni la música del agua campesina.

Parece que el cielo se recorta en fragmentos, y no tiene la grandeza de este cielo abierto que regocija el alma.

—No siga, Patrón, que usted se parece al Padre García predicando pa cuaresma. Todo lo que dice es muy bonito pero no es verdá.

Yo estaba ya ostinao de ver siempre las mismas caras y las mismas casillas del pueblo y con tantas ganas de escansar del machete que me aventé.

Tenía un amigo en la villa y él me consiguió lalta de polecía.

Hora no me cambio por naide porque estoy más a gusto que un obispo.

—Y qué has venido a hacer?

—Hombré, a ver un rato el pueblo, a echale sal a las terneras y a escansar dos días que me dan francos. †

—Te fuiste por descansar y venís a descansar.

—Y ónde ha de ir el güey que no are?

—Apuesto que te jala el corazón hacia estas alturas.

—Por qué?

—Pues por Rufina.

—Eso no, Patrón. Yo en eso sí que no pienso. Ella está un poco engrida con yo y se pasa diario mandándome recaos y haciéndome alvertencias, pero lo que es a mí no me agarran con lágrimas.

La que es tonta que con su pan se lo coma.

—Ah! pero es que ha sucedido algo feo?

—No, ella está tan entera como la echaron al mundo, pero va por mal camino y puedeoger cuesta abajo.

—Y por qué no lo evitas casándote con ella?

—Porque yo no bebo agua turbia.

—Ninguna turbieza tiene si no es que tú la enturbias.

—Es verdá, pero yo hago como el ganao, revuelco el agua y sigo río arriba buscando otra agua mejor.

Yo canto con la guitarra aquella tonada que dice:

«Para el amor ya tengo
trazao mi camino:
iré de viña en viña
probando un nuevo vino».

—Es una desvergüenza. No sospechaba yo esas ideas en un hombre honrado como tú.

—Lo que usted llama honrao es lo que yo llamo tonto.

Las mujeres tienen cinco sentidos y, si tuercen los pieses es por su gusto, pero nosotros nada tenemos que ver con eso.

La que abre la puerta es porque quiere que entren y cuando uno entra le gusta llegar hasta la cocina.

Si cada uno juera a alvertir a las mujeres lo que les puede pasar, ellas mismas se echaban a rir y uno se quedaba asando hilotes pa que se los jarte el vecino.

—No hables así, que inspiras asco.

—No la pique usted de santo, Patrón, si yo juera un leva, como usted, me reiría la gracia. Ustedes piensan lo mesmo pero lo dicen distinto.

Algo he aprendío en el cuartel y algo he visto en la suidá.

—Eres un depravado.

—Yo no sé si lo seré, pero aquí en el barrio

a muchos les arde que yo sea el preferío, que los desprecée a todos por mí y por eso están calientes. En el fondo es envidia, que no pueden ver bocado en boca ajena y ni comen ni dejan comer.

Pero yo no soy hijo de ustedes y hago mi voluntad. Ya soy mayor de edá y no me amarro los calzones con dagailla.

*
* *

El diálogo se empuercó más, aquel imbécil estaba perdido y sin remedio. Su alma depravada no tenía ya siquiera el pudor de ocultarse, se desnudaba con una desvergüenza que daba grima y era agresiva y procaz a un mismo tiempo.

Yo no sospechaba siquiera la infamia que envolvía tan de cerca a la linda flor de la montaña; que se alzaba sobre ella como una garra trágica para arrojarla al polvo.

Resolví buscar el apoyo de Lico para desmascarar al pícaro.

*
* *

Mis hermanas no tomaron en serio mi resolución y censuraron que yo entrase por ese bebenjenal.

—Pero tú te estás imaginando que en asuntos de amor el consejo tiene alguna importancia?

—Claro que ha de tenerla. Yo no voy a aconsejar con sermones edificantes de moral cursi.

Lo que quiero es abrir los ojos de esa pobre muchacha; que ella palpe la realidad, que

la pese, que se haga cargo de las desvergüenzas de ese desgraciado.

—Pues todo eso no te traerá sino disgustos.

—Lo sé, pero qué importa? Sufrir un poco por hacer bien a otras creaturas desvalidas será siempre una noble empresa de humanidad.

—Puede ser que lo sea, pero no veo para qué empeñarse en empresas locas que no tienen ni pies ni cabeza.

La mujer enamorada no oye otra voz que la que la hace feliz, no ve otro camino que el que le enseña el galán de sus sueños.

En el campo como en la ciudad, desde el principio del mundo hasta el Juicio Final, siempre será la misma historia.

—Pues yo quiero que me oiga, que vea el error. Ya tengo un plan trazado.

—Ah! pero vas tú a enamorarla?

—No, eso no, sería sacarla de un engaño y echarla en otro peor. Voy a quitarle la venda.

—Es decir, vas a intentar un trabajo imposible y ridículo. Será más sin sentido que el trabajo de Sísifo, hermanito testarudo.

—Pues si el peñón se me rueda cien veces, ensayaré ciento una, pero no dejo perderse esa linda flor de la montaña bajo las pezuñas de ese puerco.

—Valiente desfacedor de entuertos te vas a volver. Nos vamos a reír en tus narices. Todo eso es literatura, pura literatura.

Tú pretendes quitarle la venda a esa muchacha y olvidas que la venda sobre los ojos del amor fué puesta por los dioses y no puede ser levantada por los hombres.

IV

EL MASTIN

Lico había salido conmigo aquel día a cazar tepezcuintles.

Habíamos corrido a caballo un par de horas por los angostos y frescos caminos de la montaña, subiendo cerros y vadeando hondonadas.

Dejamos las cabalgaduras en sitio seguro, atándolas el mozo de tan hábil manera que pudiesen pastar sin escaparse.

Estábamos al borde del Pacayas Gordas, torrente bullicioso que canta su alegría despedazándola sobre las rocas desnudas.

Después de seguir infructuosamente algunas huellas, registrar huroneras y subir y bajar por los repechos, llegamos a un paraje sombrío donde nos arrodajamos para almorzar.

Mis dos perros: Leal y Kaiser, jadeantes y nerviosos, se echaron a mis pies y Lico, como otro perro, manso y fiel, se dispuso a servir aquel banquete rústico que tenía por orquesta el rodar del río y el ladrar de los perros.

*
* *

Cuando lo creí oportuno abordé la conversación.

Yo sabía que el remedio de Rufina era otro novio, por que amor con amor se cura.

Mi tesis era empujar a Lico para alejar al pícaro de Froilán.

—Por qué no te casas con Rufina?

—Porque no me quiere, Patrón.

—Pero podría llegar a quererte.

—No, está enamorada de Froilán y no ve más que sus ojos y no oye más que su voz.

Parecía que mis hermanas le hubiesen aconsejado esa respuesta.

—Pero puede llegar a aborrecerlo. Del amor al odio sólo hay un paso.

—Ese paso es un barranco y no percató el barranco por ningún lao.

—El no quiere a Rufina.

—No es verdá, Patrón. El la quiere más que a su madre.

—Froilán no quiere ni a su madre. Es un depravado.

—No, eso no se lo almito, él es mi amigo y tiene Ud. que respetalo.

—Lo que desea es jugar con Rufina, burlarse de ella, echarla a la desgracia.

—Rufina no es una chiquita, ni es una tonta, ella sabe lo que hace.

—Pero más sabe el diablo y puede enredarla.

—La mujer que se enreda es porque quiere enredarse. Ninguna se pierde por equivocación, las que siguen el mal camino es porque ese les gusta.

—Y supongamos que siguiera Rufina el mal camino?

—No supongamos eso por que eso no podrá ser. Yo la conozco como la palma de mi mano y es más limpia que la palma de mi mano. Su conciencia es más clara que el agua del yurro.

—Pues se perderá, te lo aseguro.

—No, Patrón, no asegure lo que Ud. apenas supone.

—Yo veo más que tú por que tengo más mundo.

—Tendrá usted más isperencia pero yo conozco más a Rufina. Esa cratura es un ángel: suave como la seda pa tratala, pero más juerte quel fierro pa resestir. De adentro le sale ser buena, como su madre Melchora, como su agüela Ña Urbana y lo que viene en la sangre no se destiñe.

La bondá se le ve en los ojos, se le oye en los labios, se le siente en las manos. Por qué se va a torcer en los pieses pa hacela dar un mal paso?

—Toda mujer es débil.

—Sí, cuando la ablanda su gusto.

—Es que la llama suaviza siempre la candelá.

—Porque es de espelma, pero no la suaviza si es de fierro.

Bueno, Patrón, y qué quiere decime usted con eso?

—Que hagamos lo posible por alejar a Froilán y casarte a ti con Rufina.

—Gracias, Patrón, yo no traiciono a un amigo ni me caso por contribución.

—Froilán no es amigo tuyo ni hay traición en esto.

—Sí hay traición. A la lisa la he peleao y á la lisa me la ganó. Rufina lo quiere a él y meteme en medio es hacela desgraciada, hacelo a él y haceme yo, porque endepués estaría ligao pa toda la vida con quien no me quiere. Eso sería peor

que estar como estoy, con el alma en la boca pero mordiendo la pena, sin esalar un suspiro.

Pobre soy, nada valgo, lo que tengo es todo pa ella porque así me lo pide el corazón. Pero el que da no pide, porque entonces no da sino que cambia. Por eso le doy mi alegría y mi cariño, pero no le pido que me quiera. Si quiere a Froilán que se case con él. No puedo hacela desgraciada para ser yo dichoso.

—Rufina no sería desgraciada porque es precisamente su desgracia lo que quiero evitarle. Casada con Froilán no podrá ser feliz.

—Por qué, Patrón?

—Porque él no la quiere.

—Supongamos que no la quiera. Aprenderá a querela en cuanto viva con ella. Si la quieren todos los que la tratan, cómo no iba a querela el que la hiciera suya?

—Es que ella, cuando lo conozca, dejará de quererlo por que es un pícaro.

—Supongamos que lo sea, yo apuesto que se hará bueno cuando viva con ella. Ella, como la Virgen de los Angeles, puede hacer milagros.

Cómo podría un hombre ser malo si Rufina le pidiera que fuera bueno?

Si a mí me lo pidiera, Patrón, sería yo el hombre más bueno del mundo. ¡El más bueno, Patrón, yo que a veces deseo ser el más malo!

Y en sus ojos turbios sorprendí la humedad de las lágrimas.

Era invulnerable el muchacho. Su lealtad no tenía un punto flojo donde apoyar el ariete de mi justicia.

Cerraba los cuatro flancos para proteger al perdido.

Ensayé otra escaramuza para convencerlo.

—Pues, de todos modos, no se casará con Froilán.

—Por qué, Patrón?

—Porque yo me opondré.

—Pero usted no es nada de Rufina.

—Soy su amigo y debo defenderla, ya que otros no quieren sacar la cara por ella.

El mozo se levantó violentamente y, con la cara roja de ira, me gritó en voz descompuesta.

—Usted no es su amigo. Yo sí lo soy.

Yo protejo y defiendo el amor de Rufina y sacrifico el mío para que ella sea feliz, porque la quiero de veras.

Yo le doy campo al otro, me estrujo el corazón pero me hago a un lado para que ella realice su deseo y no la estorbo, porque la quiero de veras.

Usted es al revés. Usted tiene intenciones que no puede ocultar y desea vela libre de Froilán y libre de mí para llevársela usted.

No lo conseguirá, Patrón. No lo conseguirá.

—Lico, no te permito que sigas hablando así. Me ofendes gratuitamente.

—Pues hablaré lo que quiera porque yo sé decir la verdad.

—Esa no es la verdad.

—Esa es la verdad.

Ese es todo su plan.

—Tú no me conoces... Lico.

—Usted es como todos los de la suidá. No sacian el apetito con sus muchachas pintadas y llenas de engaños y vienen al campo a quitarnos las nuestras.

—Que te calles te mando.

—No, Patrón, no me mande usted más.

Ya no quiero nada en la Finca, ya me voy, pero no intenté desbaratar el jalón de Rufina y Froilán porque este amigo suyo, es también amigo de ellos y usted puede encontrarse la horma de su zapato. Ya no hablemos más, esto está terminao.

V

EUREKA

Cuando mis hermanas se enteraron del episodio se echaron a reír a más no poder.

—Ya ves, eso te sacas; te faltan al respeto, te creen traidor, se imaginan que tú tienes algún interés en esa pobre conchita, pero lo que menos piensan es que seas el generoso caballero que viene a librar de engaño a las pobrecitas creaturas engañadas.

—No me importa lo que resulte de todo esto, lo que les aseguro es que Froilán no se casará con Rufina.

—Porque él no tiene la menor intención de casarse.

—Pues bien, que no se burleará más de ella.

—Sigue de testarudo metiéndote en lo que no te importa y ya recibirás la paga.

*
* *

Yo insistía.

La solución estaba en atacar el otro frente. Si Lico estaba sordo a mis palabras, Rufina las oiría.

Yo no había querido abordar ese tópico, temeroso de que cerrase la puerta y me diese con ella en las narices, como el tonto de Lico.

Había primero que ganarse la confianza de aquella linda bestezuela, cerril y temerosa como un venado.

Ya éramos a la sazón mejores amigos. Conversábamos largos ratos sin que le produjera susto.

Ya se había curado del temblor que le sobrevino la vez que le coloqué el ramo de amapolas sobre el pecho y ya podía oírme sin el febril rubor que se le subió al rostro la vez que golpeaba yo el agua con la punta de un foete, mientras ella llenaba su tinaja en el yurro.

Habíamos hecho las paces y, con alguna frecuencia, dialogábamos sobre asuntos por entero ajenos al tornillo que yo tenía metido en la cabeza.

Mi conversación le agradaba, me parecía que la paladeaba con incontenido deleite. A mí me apasionaba también la frescura de su carne y la alegría de su risa. Pasábamos lindos ratos a la sombra de algún roble o al amparo de algún alero acogedor.

Mis hermanas habían dicho una tarde.

—Parece que te interesas demasiado por Rufina, quizá más de lo que tú te imaginas.

—Quiero ganar su confianza para llegar a ser un consejero de verdad.

—Pero no temes que Lico se enfade de nuevo?

—Sería cobarde suspender mi campaña por temor a ese enfado.

—Acuérdate de que ese mozo es un tigre y un tigre encelado no respeta rejas.

—Ya esa fiereza va amainando. Lico se ha convencido de la bondad de mis intenciones, ha logrado leer en mi espíritu y ahora no sólo está de mi lado sino que está arrimando el bote por cuenta propia.

Así era la verdad. El mastín se había convencido de la nobleza de mi pensamiento y su pasión ya no se contentaba con ser guardián de la manzana, sentía también el deseo de morlarla.

*
* *

Una tarde Rufina estaba apoyada a la tranquera tras la que acababa de encerrar unos terneros.

Tenía una amapola sobre los cabellos y traía cruzado sobre el pecho un gran rosario de marfil.

Entonces me resolví a llevar mis pláticas hacia aquel problema cuya solución me era cada vez más obsesionante.

—¡Qué lindo rosario!

—Sí, Patrón, es el que le había dicho. Me lo regaló Lico. Es de marfil y tiene el Cristo de plata.

—Pero eso no es un rosario, Rufina, eso es una cadena, debe pesar cinco libras lo menos. Levanté la cadena y, como era tan grande, me

acomodé dentro de ella de modo que quedamos los dos encerrados en el círculo de cuentas de marfil.

Tuve intención de besar aquella prisionera, pero recordé que tenía otro propósito que cumplir y no podía echarlo a perder.

—Caramba, le dije, me parece que estuviéramos casándonos y éste fuera el cordón que echa el cura sobre los hombros de los novios.

—No embrome, Patrón. Qué parecería usted casado con una conchita como yo?

—Parecería un cazador que ha venido a la montaña y ha cazado la más linda pieza. Entraría a la ciudad orgulloso de mi caza y todos, llenos de admiración y de envidia, dirían al pasar: qué cazador tan dichoso.

—Cómo se las compone pa mentir tanto? A usted lo que le daría es vergüenza.

—Sí, vergüenza de ser tan feo cerca de una muchacha tan bonita.

—De veras me cree usted bonita?

—Tontilla, pero no tiene usted espejo?

—Pero usted tiene el gusto muy refinado.

—Por eso me gusta Rufina, que es lo más refinado de todo el monte.

—Cómo miente usted. Si dijera lo que siento!

La cosa arreciaba y yo sentía que en cualquier momento podría Lico abofetearme de nuevo el rostro con sus palabras tremendas que me acusaban de traición y de apetitos perversos.

Me salí del rosario más encendido y temeroso que ella. Nos sentamos sobre la yerba.

—Y diga usted, Rufina, para qué le aceptó ese rosario a Lico si Ud. no lo quiere.

—Hombre, si él me lo quería dar, y ese era su gusto, por qué se lo iba a despreciar?

—Vuelvo al mismo punto de hace unos cuantos meses, cuando le hablé allá en el yurro, recuerda?

—Claro que recuerdo. Me dijo que yo engañaba a los dos.

—Y eso se llama coquetería, Rufina.

—No, Patrón, eso se acabó hace mucho tiempo. Froilán se volvió otro hombre con la ida a San José.

Ahora me habla sólo tonterías. Se está llenando de orgullo y ya no quiere más que grandezas. No le gusta el trabajo del campo, ni le gustamos las conchas.

Pobrecillo, el amor que le tenía se ha convertido en lástima.

—Cuánto lo celebro Rufina. Ahora se ha convencido Ud., y se han convencido todos, de que yo tenía la razón.

Mis hermanas decían que Ud. estaba ciega, que tenía una venda en los ojos y yo pensaba que esa venda se vendría al suelo hecha pedazos.

—Así ha sido. A usted se lo debo, Patroncito, ya yo soy otra. Ahora pienso mejor. Verdad que sí?

—Cierto.

—Sí, tenía usted razón, amor con amor se cura.

—Cuánto me gusta oírla pensar así.

Pues ahora a casarse.

A tener una casita bien limpia y bien alegre. Les voy a dar aquella que está al lado del puente. Es la que a usted le ha gustado siempre.

La voy a pintar de celeste, aunque me cueste, como dice la gente. Le agrandaré el alero para hacer un corredorcillo y que lo llenen ustedes de guarias y de helechos.

—Y vendrá usted a verme de cuando en cuando, Patroncito?

—Sí, a vivir y a ser felices los que son buenos. Los pícaros allá lejos, que se vayan del barrio. Aquí, en la montaña nuestra, sólo queremos a los que tengan limpia la conciencia como el agua del yurro. Lico es un hombre de verdad, en todo y por todo.

—Y yo no soy una mujer de verdad?

—Sí, claro que sí, en todo y por todo.

—Lo cree usted así, Patrón?

Y, al decirlo, se ponía en jarras, en actitud de desafío, ya no temerosa como antes sino agresiva. ✓

* *
*

Me despedí de aquella muchacha más alegre que nunca.

Había triunfado.

Llegué a la casa corriendo, con la agitación de la carrera y la alegría del triunfo anudados en la garganta.

Desde el portoncillo grité:

—Eureka!

—Haber, qué trae ese mensajero de Maratón que va a caer muerto de contento, dijo una de mis hermanas.

—Que les gané la partida. Que Rufina ha roto por entero con Froilán.

—Pero hombre, si eso ya es viejo.

—Pues hay algo más, que se casará con Lico?

—Eso es lo que tú quisieras.

—Es lo que tiene que suceder.

—Ella dice que no lo quiere. No seas terco. Que lo admira, que lo respeta, que le parece excelente, pero que no lo quiere.

—Son tonterías, puras tonterías. Aprenderá a quererlo.

Le aceptó ayer el rosario de marfil que hace tiempos le tenía ofrecido y ahora sólo les falta correr juntos sus cuentas y darse un beso después de cada Avemaría.

—Estás tan alegre como si tú ganaras algo en la partida.

—Cómo no he de ganar? Era una noble empresa en que venía empeñado hace mucho y yo soy así, cuando lucho por una idea nadie me la quita de la cabeza hasta que ella dé al traste conmigo o yo con ella.

VI

EPILOGO

Yo tenía interés en apurar el matrimonio. Quería ir a Europa y deseaba dejar casada aquella pareja en cuya felicidad tenía yo no poca parte. Me parecía que eran una hechura mía y no hacía otra cosa que empujar a uno y empujar al otro, quitar estorbos, hacer facilidades y apresurar las cosas.

Tenía yo el secreto temor de que Froilán

volviera a recobrar el corazón de aquella muchacha que yo había arrebatado de sus garras.

Rufina no parecía apasionada por Lico, era fría siempre en sus relaciones con él y eso me hacía temer el regreso del otro.

Pero, aunque sin entusiasmo, aceptaba cuanto yo le decía y se doblaba obediente a cuanto yo iba disponiendo.

El matrimonio se fijó para el día de San Rafael que era la fiesta del barrio.

Yo mandé enflorar la casa de Rufina y compré cuanto fuera necesario para dar rumbo a la fiesta.

Mis hermanas se habían entregado también por entero a esa generosa tarea.

*
* *

Y llegó el día de San Rafael. Supe, con disgusto, que Froilán había venido al pueblo y que la noche anterior había rondado la casa de la novia. Que andaba tomando copas y había estado cantando con su guitarra al pie de la ventana.

*
* *

Los convidados iban, poco a poco, llenando la casa y Rufina estaba vestida con un lindo trousseau que yo le había regalado.

Una de mis hermanas le daba los últimos toques al peinado cuando Lico nos pidió que lo dejaran solo con Rufina.

Mientras hablaban los novios, nos entretuvimos disponiendo los pormenores de la fiesta.

*
* *

A poco rato oímos un grito angustioso seguido de varios golpes sordos. Corrimos a ver lo que sucedía y la puerta estaba atrancada.

Golpeamos, tratando de forzarla, pero Lico se lanzó hacia la salita como loco.

Tenía los cabellos alborotados, los ojos llameantes y la cara descompuesta y horrible.

—Me engañaban todos, gritaba enfurecido, me traicionaban todos. Que se case ese bandido con ella.

Todos miramos hacia fuera buscando a Froilán.

Pero Lico, hecho una fiera, se lanzó sobre mí con ademán de golpearme.

—Usted es el culpable, Patrón, usted me la pagará. Como yo lo suponía usted me traicionaba.

Las gentes forcejaban por sujetar al endemoniado.

—Cásese con ella, cásele con ella, allí se la dejo. Le acabo de poner el rosario como el cordón de los desposaos que usted decía.

Dígale que lo enseñe a rezar como usted quería.

Récele: «Dios te salve, Rufina, llena eres de gracia».

*
* *

Aturdido, sin saber qué decir, ni explicarme lo sucedido, penetré al cuarto para consolar a la pobre muchacha.

Quedé paralizado de horror.

Estaba tendida en el suelo, amoratada y con los ojos saltados de las órbitas.

Tenía arrollado al cuello, como una serpiente, el rosario de marfil con que Lico, en un rapto de celos, acababa de ahorcarla.

En el suelo estaba mi retrato hecho pedazos.

SUPLEMENTO DE LA NOVELA CORTA

NUESTRA EDICIÓN INICIAL.—Nuestro número primero se agotó. Hoy sería difícil encontrar un solo ejemplar de esa entrega. Se nos ha insinuado la idea de una segunda edición de corto tiraje destinada a los coleccionistas, pero esto ya no sería posible.

RETARDO EN ESTA EDICIÓN.—Por razones del cambio de imprenta y otros pequeños menesteres, el presente número de LA NOVELA CORTA, que debió aparecer el 15 del presente mes, aparece hoy 31. Nuestros lectores se servirán excusar el involuntario retardo.

HEMOS RECIBIDO MÁS ORIGINALES.—Nos llega *Tobías*, de Rafael Estrada; *La Botija*, de Paco Rodríguez Ruiz y *Boda Campesina* de Carlos Fernández Mora.

EL ARTE.—Acaba de establecerse en San José esta casa de ampliaciones de todo tamaño y estilo, ya recomendada por sus años de existencia en otras capitales. La norma de la casa es el cumplimiento exacto de sus compromisos y la prontitud en la entrega de los trabajos que se le encomiendan. Por la nitidez y parecido de los retratos, así como por la modicidad de las cómodas cuotas, la antigua casa de ampliaciones EL ARTE se recomienda por sí sola.

NUESTROS AGENTES.—Agentes de La Novela son hasta ahora: en Limón, don Víctor M. Salazar; en Puntarenas, la Costa Rica Express Co.; en Alajuela, don León Calvo; y en Heredia don Antonio Jiménez.

CANCIONES y ENSAYOS.—Están para ser entregados al editor los originales de este nuevo libro de poemas de Rafael Estrada, uno de los más fuertes representativos de la nueva poética en Costa Rica. Estrada ha sido muy combatido anteriormente a causa de sus maneras de versificación, no muy del gusto del público, acostumbrado a la fácil y melodiosa rima clásica, en la que el mismo Estrada ha espigado con éxito, pero este nuevo libro, en manera alguna revolucionario y sí más bien conservador de las formas consagradas por el academicismo, tornará al poeta a la gracia de sus numerosos lectores.

VIAJE DE COLABORADORES.—Se ausentó en días pasados, con destino a Europa, acompañado de su señora esposa y una hermana, nuestro buen amigo el escritor Maximiliano Jiménez, quien piensa quedarse por tierras del viejo continente unos dos años. También saldrá del país próximamente Carlos Fernández Mora, conocido periodista costarricense y colaborador nuestro también, nombrado cónsul general en Lima y visitador de consulados en las repúblicas del Sur. Ambos continuarán favoreciendo esta publicación con sus producciones.

COLOMBIA EN EL EXTERIOR.—Por *La Unión* de Curazao, vemos la simpática fiesta organizada allí el 20 de julio último, día de Colombia, por el activo e inteligente cónsul de aquel país en la simpática antilla holandesa. En manos patrióticas, como las del ático escritor y jurisconsulto Dr. J. M. Núñez Roca, se siente la patria honrada y enaltecida.

D
C
11
2